



Capítulo 203

El Apóstol de la Pereza se sobresaltó momentáneamente por la repentina aparición de Alon.

Sin embargo, rápidamente intentó atraparlo.

«¡»

Sus ojos se agrandaron.

La magia negra, que se suponía que debía moverse según su voluntad, no respondió.

Y eso no fue todo.

«¿La magia está desapareciendo?».

La magia negra se dispersaba bajo los destellos dorados de la luz.

No podía comprender la escena que tenía ante sí.

Pero pronto se dio cuenta de algo.

Inmediatamente se dio la vuelta.

«¡El núcleo!».



Pero ya era demasiado tarde.

El cristal negro, la fuente de poder que conectaba y sostenía todos los huevos y miles de hilos negros, estaba siendo destrozado por relámpagos crepitantes.

El Apóstol de la Pereza se volvió para mirar a Alon.

Su rostro estaba lleno de furia.

Alon, que lo había estado mirando con indiferencia, suspiró para sus adentros.

«¿Funcionó?».

Alon miró a Sili.

Cualquiera podía ver las marcas de la tortura que había sufrido, pero seguía viva.

«Gracias a Dios».

Se sintió verdaderamente aliviado.

Si hubiera muerto, habría provocado una catástrofe inimaginable.

En ese momento,



«Tú... ¿Cómo has...?».

La voz del apóstol resonó.

Alon volvió a mirarlo.

El apóstol seguía mirando fijamente la magia negra que se dispersaba, con una expresión de conmoción e incredulidad.

Era imposible.

Todos los lugares tocados por la magia negra, sin importar dónde estuvieran, estaban bajo su influencia.

En otras palabras, si estaba dentro de su campo de visión, él era consciente de ello.

Eso significaba que, sin importar qué o quién entrara en la magia negra, el Apóstol de la Pereza lo «percibía» de inmediato.

«Pero yo no sentí nada en absoluto».

Y, sin embargo, el hombre que tenía ante sí, el marqués Palatio, que había eliminado al Apóstol de la Codicia, había logrado lo imposible con facilidad y aparecido justo delante de él.

Y no era solo eso.

«... ¿Cómo lo sabía?».



El cristal negro.

Así que, naturalmente, más allá de su percepción, había sido destruido primero: el artefacto que era el núcleo de la barrera.

Todo en un solo movimiento.

Como si hubiera vivido esta situación muchas veces antes.

Sin vacilar ni cometer ningún error.

El rostro del apóstol se contorsionó aún más.

«Bien. Todo salió según lo previsto».

Al ver esa reacción, Alon soltó un suspiro de alivio.

En realidad, nunca debió haber entrado en la magia negra.

Su afinidad con la magia negra era la peor combinación posible.

No había forma de que pudiera aguantar ni siquiera diez minutos dentro de ella.

Sin embargo, no solo eludió la influencia de la magia negra, sino que también evadió la percepción del apóstol y apareció justo delante de él.



La razón era simple: Alon conocía la debilidad de esta magia negra.

Más precisamente, conocía el defecto de esta situación en sí misma.

La magia negra se extendió ampliamente desde este punto central.

Su alcance era inmenso.

Sin embargo, estaba estrictamente ligado al suelo.

No se extendía hacia el cielo.

En otras palabras, mientras uno pudiera moverse por el aire, podría evitar por completo los efectos de la magia negra.

Aun sabiendo esto, muy pocos podían realmente aprovechar esa debilidad.

Incluso en Psychedelia, solo se discutía como una vulnerabilidad teórica, pero nadie la utilizaba realmente para luchar contra los Pecados.

Eso se debía a que el alcance de la magia negra se extendía demasiado por el suelo.

A menos que un humano pudiera permanecer en el aire indefinidamente, tarde o temprano tendría que aterrizar dentro de su alcance y ser detectado por el apóstol.

Afortunadamente para Alon, eso no era un problema.

Tenía tanto las condiciones como el personal necesarios para aprovechar el fallo.

El enorme Altar de la Lluvia, tan vasto que incluso la manifestada Basiliora tuvo que escalarlo, y Reinhardt, que poseía la capacidad de manipular la gravedad.

En pocas palabras, Alon trepó por el Altar de la Lluvia, utilizó la habilidad de Reinhardt para lanzarse lo más alto posible hacia el cielo y luego utilizó su forma de Dios del Trueno para descender de un solo golpe hacia la zona central del apóstol.

«Aunque gracias a eso, he agotado todo mi poder mágico y he estropeado mi aterrizaje...».

Alon movió sutilmente la pierna.

Le dolía la espinilla, lo que indicaba que, aunque no estaba rota, el dolor era lo suficientemente fuerte como para hacerle soltar un gemido.

Además, aunque había salvado a Sili, había agotado toda su magia, lo que lo dejaba vulnerable a ser capturado por la magia negra.

Por supuesto, al alterar la estructura de la barrera, había anulado temporalmente la magia negra.

Pero eso no era suficiente para tranquilizarlo.



Aunque destruyera el núcleo de la magia negra, a menos que acabara con el hechicero, la barrera acabaría regenerándose con el tiempo.

«Aunque no estoy seguro de si la magia se recuperará de la misma manera, ya que no fue creada a través de la habilidad Pecado de la Pereza, sino a través de un artefacto...».

Mientras Alon reflexionaba, miró al Apóstol de la Pereza.

El apóstol soltó una breve carcajada incrédula y volvió la mirada hacia el cielo.

«Increíble, marqués Palatio. Nunca imaginé que utilizaría un método así».

«.....»

«También es sorprendente cómo has identificado el punto débil de esta barrera, como si alguien te lo hubiera dicho. Sin embargo...».

Una mueca de desprecio se dibujó en sus labios.

«Parece que sabes una cosa, pero no la otra».

En el momento en que el Apóstol de la Pereza sonrió con descarada burla, desde el aire anteriormente vacío, la magia negra comenzó a reaparecer como si el tiempo se estuviera rebobinando.

Junto con ella, el artefacto que había sido el núcleo de la magia negra también se estaba regenerando.



Al ver esto, Sili se quedó sin aliento.

«Ah...».

Un sonido silencioso y lleno de desesperación escapó de sus labios.

Como en respuesta, la sonrisa burlona del apóstol se volvió aún más retorcida.

«Por muchas veces que destruyas la esfera, seguirá regenerándose. Al menos mientras yo siga vivo».

«.....»

«Qué lástima. Si me hubieras derribado de un solo golpe, la situación podría haber sido diferente. Bueno, aunque me hubieras apuntado, no habría muerto de un solo golpe de todos modos».

—El apóstol se burló mientras añadía esas palabras.

Sin embargo.

«Lo sé».

Alon permaneció completamente imperturbable.

«¿Qué?».

«He dicho que lo sé».

Habló con calma.

«Sabía que no morirías de un solo golpe y sabía que la esfera que destruí se regeneraría poco después».

Como si no sintiera ningún remordimiento por esta situación.

«Ja, ¿entonces estás diciendo que viniste aquí solo para morir?».

El apóstol, momentáneamente atónito, se burló de nuevo.

«No. Ya he terminado lo que vine a hacer aquí».

Alon se encogió de hombros ligeramente y miró a Sili.

«¿Qué estás...?»

El Apóstol de la Pereza, frunciendo el ceño mientras intentaba preguntar, de repente se dio cuenta de algo.

El cristal negro que formaba el núcleo de la barrera ya se había regenerado por completo.

Debería haber estado funcionando con normalidad.

Y, sin embargo, la magia negra no se estaba propagando.



Intuyendo que algo iba mal, el apóstol se dio la vuelta rápidamente.

Y entonces lo vio.

Una red de hilos violetas se enroscaba fuertemente alrededor de todo el artefacto, del que se filtraba magia negra.

Más allá de eso, líneas atravesaban el tejido mismo de este mundo.

Y frente a ellas,

Paso... Paso...

Un hombre caminaba hacia adelante.

En una mano, sostenía una espada.

En la otra, agarraba los innumerables hilos que parecían atravesar este mismo mundo.

Sus ojos ardían de rabia y odio.

Un aura escalofriante, como si fuera a empapar el mundo entero de violeta, brotaba de él.

«Te mataré...».

Deus Macallian.



¡Caaaaak!

Un ruido similar al de un cable resonó con fuerza en los oídos de todos.

Al mismo tiempo...

¡Snap!

Los hilos negros y violetas se rompieron, marcando el comienzo de la batalla.

Alon apenas pudo percibir el choque, fue demasiado rápido.

Con un solo intercambio de golpes, los árboles circundantes quedaron destruidos.

La atmósfera tembló, ondulando con los restos de la magia destructiva.

¡CRACKLE, CRACKLE!

Cientos, miles de hilos cortantes aparecieron y desaparecieron repetidamente, desgarrando el aire y el suelo, dejando profundas cicatrices afiladas como cuchillas.

Era una batalla más allá de lo que un simple humano podría lograr jamás.



Fue algo realmente impresionante.

«Santo...».

Reinhardt, que había guiado a los caballeros al interior una vez que la magia negra se disipó, no pudo evitar maldecir al ver la inhumana batalla que tenía ante sí.

Los innumerables caballeros que lo seguían también se sintieron abrumados por el respeto, incapaces de seguir los movimientos con la mirada.

Sin embargo.

«Deus está perdiendo».

Alon analizó fríamente la situación.

No podía ver claramente los detalles de la batalla, pero a través de las energías cambiantes, podía saber quién tenía la ventaja.

La situación actual era inevitable.

Aunque sus habilidades parecían similares, el apóstol ejercía el poder del pecado, a diferencia de Deus.

Y, sobre todo...

«Es demasiado emocional».

¡BOOOOM!

Alon vio cómo Deus salía disparado, rebotando entre los enredados hilos negros.

No habían pasado ni unos minutos desde que comenzó la batalla, pero su cuerpo ya estaba destrozado.

Su oscura armadura estaba destrozada, con partes de ella completamente desaparecidas.

Su cuerpo estaba plagado de profundos cortes causados por los hilos.

En contraste, el Apóstol de la Pereza había recuperado la compostura, desaparecido su pánico anterior.

Con una sonrisa burlona y relajada, entrelazó docenas de árboles con hilos negros, suspendiéndolos en el aire.

Un marcado contraste.

Si Deus quería cambiar el rumbo, necesitaba hacer algo más que simplemente calmarse.

Y así...

«Deus».



Alon lo llamó.

Golpe, golpe, golpe...

Su corazón latía con fuerza.

Sintiendo su ritmo, Deus miró con ojos inyectados en sangre a la figura que tenía delante.

El apóstol, todavía lleno de tranquilidad, había suspendido sin esfuerzo los restos destrozados en el aire con sus hilos negros.

Aprieta los puños.

Deus volvió a agarrar con fuerza su espada y se preparó para cargar.

Sabía muy bien lo tonto que era dejarse llevar por la ira en la batalla.

Aun así, no podía reprimir su furia.

Sili, su hermana menor.

Cuando llegó a este lugar, la imagen que llenó su campo de visión...

... era demasiado similar a la de aquel momento.



«Ja...».

La visión de Deus se volvió gris por un instante.

Lo que vio fue un recuerdo que nunca quiso evocar.

Bajo el silencioso cielo nocturno, un hombre golpeaba repetidamente la cabeza de una mujer contra el suelo, aullando.

Una mujer, con la mitad de la cabeza aplastada, apuñala al hombre en el estómago.

Y detrás de su madre y su padre, sonriendo maliciosamente,

[El Cordero Negro te ha elegido].

El apóstol de la pereza.

¡Aprieta los puños!

Un poderoso aura surgió del cuerpo de Deus.

Sus ojos inyectados en sangre ardían de furia mientras miraba al apóstol.

La magia violeta que brotaba explosivamente de su cuerpo se transformó en innumerables hilos cortantes, dividiendo el mundo una vez más.



Y justo cuando estaba a punto de lanzarse al ataque...

«Deus».

Una voz llegó a sus oídos.

Una voz completamente diferente de la furia que hervía en su interior, tan fría y serena.

Una voz que él conocía demasiado bien.

Y entonces.

«Por el bien de la venganza, cálmate».

Como si le hubieran leído el pensamiento, las palabras le llegaron al alma.

Deus sintió como si le hubieran echado un balde de agua fría, y su mente se aclaró en un instante.

Los salvajes latidos de su corazón se fueron apagando poco a poco.

Solo entonces se fijó en cosas que no había notado antes.

Y entonces.

«Recuerda esto».



«Lo que ves no es lo único que se puede percibir».

«...!»

Ante las palabras de Alon,

los ojos de Deus se abrieron lentamente.

«Al fin y al cabo, esta situación no es tan mala».

El Apóstol de la Pereza esbozó una sonrisa relajada.

A diferencia de su pánico inicial, la situación no era tan grave como parecía.

«Solo tengo que neutralizar primero a Deus y luego matarlos uno por uno. Primero, los caballeros. Luego, el marqués Palatio. Después, su hermanita... No».

Una sonrisa burlona.

«Matar primero al marqués no sería mala idea. Romperle un poco el espíritu y luego acabar con su hermana... Podría ser una buena secuencia. Primero...».

Formuló, revisó y finalizó su plan.

Todo con el único propósito de profundizar su desesperación.



«Justo después de mostrarles la abrumadora diferencia de poder».

Una vez tomada la decisión, el Apóstol de la Pereza se puso en marcha, tirando de los hilos negros.

¡Boom! ¡¡Crackle—!!!

En ese mismo momento...

Los árboles y las rocas atados por hilos negros sobre él comenzaron a desmoronarse y romperse, formando una enorme esfera.

La esfera se expandió rápidamente de tamaño.

Pronto, había crecido lo suficiente como para oscurecer el vasto cielo.

«¿Qué diablos es eso...?»

Un meteoro.

Los caballeros que estaban abajo solo podían mirar al cielo con la mirada perdida.

Una enorme esfera envuelta en hilos negros se había apoderado de los cielos.

Y entonces.



«Puede que te hayas vuelto más fuerte, pero al final, no eres diferente de cuando eras un niño, Deus Macallian».

El Apóstol de la Pereza se burló de Deus, que jadeaba mientras empuñaba su espada.

Luego, su mirada se desplazó hacia los hilos violetas restantes.

El resultado de la batalla ya estaba decidido.

Pensando así, sonrió divertido.

«Sigues sin poder proteger nada».

Con un movimiento de sus dedos...

«...?»

El Apóstol de la Pereza sintió una extraña sensación de disonancia.

Algo que debería haber sido obvio, pero que ahora se le escapaba.

La inexplicable pérdida de algo fundamental lo inquietaba.

Aturrido por un breve instante,

«¿Qué...?»

Tardó en darse cuenta de lo que pasaba.

«¿Por qué... no funciona mi magia?».

La magia negra que controlaba no respondía en absoluto.

Como si hubiera sido encadenada por algo.

Y entonces.

«¡No puede ser!»

Al darse cuenta de la aterradora verdad, los ojos del Apóstol de la Pereza se abrieron como platos.

Y en ese momento...

«Solo necesito un instante».

Como si hubiera estado esperando este momento, Deus liberó una oleada de magia violeta.

¡Tajo!

Los hilos violetas comenzaron a cortar los negros sin dudarlo.

Docenas.

Cientos.

No, miles de hilos.

Cortarlos sin piedad.

Al mismo tiempo, el enorme meteorito que se encontraba arriba se derrumbó.

Pero.

En lugar de dejar que cayera sin control, los hilos violetas lo envolvieron por completo.

¡Rasguño!

Tallando su superficie.

Los escombros que se desprendieron llovieron sobre el bosque y las ruinas, arrasando todo lo que había debajo.

Y de esa destrucción surgió una enorme lanza cónica teñida de violeta.

«Pero por ahora...».

La imponente y opresiva lanza violeta...

«Esto debería ser suficiente».

iRip!

Con un violento sonido de desgarro, cayó en picado hacia el suelo.

Y entonces.

Eclipse de Macallian.

Nebulosa Violeta.

Una estrella violeta.

Cayó hacia la tierra.